Tras las elecciones francesas: Estado de excepción

Por Georges Labica

Le Sarcophage, 2, septiembre de 2007

Traducido del francés para La Haine por Felisa Sastre

Entre el diluvio de comentarios, impresiones e interpretaciones suscitadas por las elecciones presidenciales y legislativas, resulta asombroso que al menos quienes se consideran de izquierda no se hayan planteado la única pregunta de importancia decisiva, a saber: ¿"Cómo ha sido posible que casi 19 millones de nuestros conciudadanos hayan votado a un tipo como Nicolas Sarkozy?"

El fenómeno no sólo resulta sorprendente sino absolutamente contradictorio con la percepción que se podía tener del personaje. Incluso dejando de lado la profusa literatura que se le ha dedicado y la variedad de juicios que se le han dedicado (entre otros los de, arribismo, egotismo, paranoia, agresividad, mala fe, traición, incultura, mentiras, demagogia), uno puede quedarse con dos rasgos:

- La *novedad* de su promesa de *ruptura*, basada en treinta años de actividad política de derechas, como concejal, alcalde, diputado, ministro, presidente del Consejo general, y jefe de partido, todo ello compatibilizado con la dirección de un importante bufete de abogados.
- Su *apertura* renovadora, ilustrada por medidas de rigor presupuestario, por privatizaciones de empresas publicas nacionales, por dispositivos liberticidas que incrementan la inseguridad y favorecen la xenofobia, por la sumisión al imperio estadounidense, y por las pretensiones científicas que encuentran una predisposición genética para la delincuencia y el suicidio, y en fin, por las relaciones con los personajes más dudosos, que van de Balkany y Tapie a Halliday y Doc Gynéco. ¿Quién podía, por otra parte, ignorar que la tarea encomendada a este candidato era la de meter a Francia en la vía del liberalismo más duro y, para hacerlo, abolir los últimos obstáculos heredados de una larga tradición de luchas sociales y experiencias políticas? En otras palabras, ¿de garantizar los intereses exclusivos de la clase dominante?

A todo ello, se podría añadir el carácter totalmente atípico de un Nagy Bocsa¹, de una familia de reciente implantación, al contrario que todos sus predecesores, los De Gaulle, Pompidou, Giscard, Mitterand y Chirac, vástagos de cepas de la auténtica Francia profunda. Tal como declaró uno de sus fieles, el ministro François Goulard: "Si los franceses supieran de verdad quién es, no le votaría ni un 5%" (**Marianne**, 14-23 de abril de 1007). Hay que recordar que la política de la que N. Sarkozy constituía uno de sus florones había sido derrotada en las urnas desde 2004, particularmente con 57 provincias de las 100 y 20 de las 22 regiones ganadas por la izquierda en las urnas; y en las calles, con 30 millones de días de huelga en 2003 por el asunto de las pensiones, el fracaso del referéndum de la Constitución europea, la retirada del Contrato de Primer Empleo, y la bastante vergonzosa, incluso para la izquierda, pero bien real, insurrección de los suburbios. La lección no podía ser más clara: un gobierno ilegítimo y una combatividad social desconocida en Europa. Se había abierto un bulevar hacia una alternativa de izquierda y el Partido Socialista que constituía el centro geométrico no podía, en efecto, perder.

No se me escapa que puede haber, y de hecho se han realizado, otras lecturas de los resultados electorales de la doble consulta. Respecto de las presidenciales, se ha conseguido un cálculo reconfortante mediante la suma de los votos a favor de S. Royal (algo menos de 17 millones), de las abstenciones (más de 7 millones) y de los votos nulos (cerca de un millón seiscientos mil,

¹ N.T. Apellido familiar de Sarkozy, a cuyo origen húngaro se alude.

algo menos de los de 2002). Todo ello supone que el 57,31 % de los electores no se han pronunciado a favor del vencedor. El 42,6 % de los votos obtenidos por éste, que suponen el 53,06% de los votos emitidos, no dejan de ser un récord y no existe precedente en Francia, o incluso en el extranjero, de un presidente que haya conseguido más de la mitad de los electores, ya que sabemos que el país más poderoso del mundo, la gran democracia estadounidense, es la campeona del asunto. Las legislativas, en las que no se ha producido el maremoto azul, tan anunciado como temido, han sido acogidas con entusiasmo. Algunos no se han privado de hablar de “victoria” de la izquierda, otros se han contentado con hablar de “avance” y todos han aplaudido el reequilibrio, e incluso, la “revancha” de la opinión pública, cuya reconocida sabiduría se habría preocupado de no poner todos los huevos en la misma cesta, es decir de producir los anticuerpos capaces de limitar el poder de la derecha. En fin, un optimismo sin más fundamento que el anterior, que disimula con poco desgaste el hecho de que la izquierda desde 1986 ha perdido tres elecciones presidenciales, tres legislativas y, por encima de todo, que la abstención sumadas las dos vueltas, alcanza el 40%, un hecho insólito desde la instauración de la democracia parlamentaria. Este reencuentro con las viejas buenas costumbres, dominante y agravado de elección en elección, además, ha descalificado la “vuelta de la política” y el “triunfo de la democracia” proclamados por el coro de los politólogos y de los medios de comunicación con motivo de las presidenciales.

Se ha pretendido también, gracias a una caja de tranquilizantes más eficaces, presumir de que la izquierda contaba con el voto de los jóvenes, de los cuadros (por supuesto, dinámicos), de los empleados y, para estar más a la altura, de los “barrios”, mientras que el adversario o, mejor dicho, el competidor, se tenía que contentar con los gestores, los patronos, la crema y nata de la elite dominante, de los asalariados (al menos) del sector privado, de los viejos y de los que había “arrebataado” (se ha repetido mucho) al Frente Nacional. Se pasaba por alto el famoso “voto obrero”, mayoritario para Sarkozy, tras haberlo sido para Le Pen. También se felicitaban de la vuelta al muy querido esquema Derecha / Izquierda, algo que no expresaba sino el deslizamiento hacia el bipartidismo al estilo anglo-sajón.

Entonces, ¿por qué los 19 millones?

La combinación de varios factores permite aventurar una respuesta. En primer lugar, y como recordatorio, el marco institucional de la V República, denunciado exclusivamente por los perdedores, en la medida en que, entre otros dispositivos manipuladores, sólo confronta a individuos. El elector, y en especial el asalariado, se encuentra, como el creyente reformista o musulmán, solo y desnudo frente a su Dios, sin la mediación de iglesia alguna. Por lo tanto, el candidato-individuo tendrá más importancia que su programa. Y eso es lo que ha pasado. N. Sarkozy, en campaña desde 2002, ha realizado, como estrategia excepcional, una carrera prácticamente sin errores. Encarnación típica de la figura del nuevo rico, no ha rehuído maniobra alguna (seducción, despidos, promesas, participación en los beneficios, zancadillas, procesos o denuncias) contra el Gobierno y contra su partido, que debían asegurarle, una vez conseguido el control financiero, del que ya se beneficiaba, apoderarse de los aparatos políticos y mediáticos. Con la ayuda de algunas organizaciones, entre ellas, algunos *think-tanks*² (*sic*) al estilo francés, de grupos de presión- uno de ellos, el sionista, calurosamente recordado por Georges Frêche³ y del apoyo internacional (de Bush a Blair y Merkel), ha prestado mucha atención al cuidado de su imagen, llevando a cabo ligeras autocríticas en relación con sus medidas como ministro del Interior y apropiándose de algunas ideas propias de la izquierda. De esta manera, al lado de Jaurès⁴ y de Guy Môquet⁵, hemos podido disfrutar de esta auténtica perla: “En el fondo he hecho mío el análisis de Gramsci: “El poder se gana con las ideas” (*Le*

² N.T. Gabinetes de ideas, consultorías

³ N.T. Político expulsado del Partido Socialista en 2007 y actual presidente del Consejo Regional de Languedoc-Roussillon.

⁴ N.T.: Político socialista francés del siglo XIX, instaurador de la socialdemocracia en su país.

⁵ N.T.: Joven comunista fusilado por los nazis

Figaro, 14 de abril de 2007). Sin remontarse a Kossuth⁶, ¿no habrían servido Bela Kun⁷ o Lukacs?

Y ha funcionado. En primer lugar para la derecha y el centro, entre quienes hubieran podido ser sus adversarios, laminados o sometidos, uno tras otro, y no sólo por la preocupación de salvaguardar sus intereses. Después, para la opinión pública, incluida parte de la izquierda, ante la que el personaje ha podido aparecer como un verdadero innovador y representante de otra forma de hacer política, gracias a un estilo directo, familiar, cercano a las “gentes de a pie”, dando muestras de sinceridad y de entrega, iconoclasta y simpáticamente provocador en sus desafíos, en contraste con las maneras estudiadas, altivas, paternalistas, y en ocasiones hipócritas y cobardes, que ofrecían la mayoría de los políticos.

En cuanto al fondo, es incontestable que el acento incansablemente puesto en los asuntos del orden, la seguridad y el empleo, han encontrado un eco de lo más favorable. A pesar del incumplimiento de las promesas y de las experiencias del pasado, se quería creer en lo relativo a las mejores condiciones del trabajo (y en el ¡crecimiento!), en beneficios y ayudas más importantes para las pequeñas empresas, en la reducción de los impuestos y en mercados más favorables para los jóvenes, con una formación y salidas más apropiadas. La seguridad social iba a pagar la salud dental y las gafas. En cuanto al capítulo del restablecimiento del orden ciudadano, la multiplicación de las fuerzas de seguridad y la vigilancia urbana por medio de cámaras de video, eran medida taquilleras. Los ancianos iban a poder moverse tranquilos, las mujeres maltratadas disfrutar del bienestar de un hogar de acogida. Los delincuentes, desde la guardería infantil a la dictadura de los adolescentes en la primaria y la secundaria, recibirían los castigos adecuados. Con la excepción de sectores concienciados y con sensibilidad ciudadana, ¿quién se ha indignado ante las actuaciones del *kärcher*⁸, por las expulsiones en la frontera o con el restablecimiento de la autoridad de los señores? ¿Quién no se alegraba con una inmigración controlada, o ante la perspectiva de convertirse en propietario? ¿Acaso recientes sondeos de opinión no nos muestran que uno de cada tres franceses no teme declararse racista, que el 50% de nuestros compatriotas considera que hay demasiados inmigrantes y que hasta el 71% aprueba el establecimiento de servicios mínimos en los transportes públicos, es decir el replanteamiento del derecho de huelga?

Ante semejante panorama, la responsabilidad imputable al comportamiento de la izquierda es, por supuesto, considerable. Son bien conocidos los temas de campaña, y por ello no es necesario volver sobre ellos, y juzgarlos. Una “ocasión histórica”, tal como se anunciaba, ha fracasado, sin duda, con la derrota de los comités surgidos del No a [la Constitución] europea. La búsqueda del culpable, el devolverse la pelota y los golpes bajos entre los “elefantes”⁹ tienen poco interés. Lo que queda es la negativa de los dirigentes socialistas a comprometerse en la aventura de un movimiento que los hubiera absorbido y ante el que han preferido la comodidad de una “síntesis” carente de contenido; la falta de acuerdo en las formas, en los objetivos y en el programa que ha estallado entre las corrientes de extrema izquierda y como consecuencia la dispersión encaminada a la derrota. Culpar a S. Royale, tal como han hecho sus camaradas, tampoco ofrece el menor interés.

La suerte de la candidata estaba echada. Sus posibilidades se fueron reduciendo debido a las confusas propuestas de su partido que se vio obligada a asumir y que ella misma reconoció, tras la derrota electoral, haber defendido sin convicción; la carrera que en consecuencia se veía condenada a seguir tras las propuestas de su competidor, cuando no se veía obligada a unírsele

⁶ N.T.: Político y nacionalista húngaro del siglo XIX

⁷ N.T.: Fundador del partido comunista húngaro

⁸ N.T. Como ministro del Interior, Nicolas Sarkozy llegó a decir dijo que habría que limpiar con *kärcher* (un líquido desinfectante) los barrios donde vive la chusma, de ahí que se le denominara *Monsieur Kärcher*.

⁹ N.T.: Pesos pesados del Partido socialista francés

en temas como el orden “justo” o la bandera; el débil apoyo que le prestaban sus aliados e incluso parte de su familia, y la enorme maquinaria mediático-político-financiera de su adversario que, no lo olvidemos, había escenificado ya su entierro mucho antes de que los candidatos hubieran sido designados por sus respectivos partidos,. Asimismo, nuestros conciudadanos han preferido las garantías poderosas de gángster a la debilidad serena de la “Sra. Quiero”¹⁰

En cualquier caso, conviene, a mi juicio, dar una importancia especial al hecho de que los dos aspirantes al Elíseo tenían en común el argumento más sólido: el de representar el campo de la revancha al No. Cuando uno recuerda el inmovilismo y el silencio que se apoderaron del poder, de las grandes formaciones políticas y sindicales, de los medios de comunicación, de los intelectuales orgánicos y del propio sector empresarial, ante una autocrítica que debiera haberse producido tras su derrota, una autocrítica con rectificaciones importantes a falta de dimisiones, se comprende sin dificultad que las elecciones ofrecían una ocasión de oro para unos y otros para enterrar el referéndum y empezar de *nuevo* con la propuesta de resucitar el proyecto constitucional. Los compromisos de N.Sarkozy y de S. Royal en este asunto eran absolutamente coincidentes.

Una interpretación general de este fenómeno- la cuestión de los 19 millones, subyacente a las reflexiones académicas convencionales sobre “la crisis de representación”- merece tenerse en cuenta. Se refiere al divorcio, que parece haberse producido, entre la política (P) y lo social (S). Estamos ante dos modelos de existencia, generadas en el lenguaje común y aceptadas en el dominio público. La “clase política” se percibe como distinta del resto de las clases y situada por encima de ellas. Remite a modos de vida comunes a los elegidos, por ejemplo, a los parlamentarios; a su educación, a sus relaciones sociales, a sus intereses culturales y alimentarios, a sus diversiones. Bajo el control de las fuerzas económicas y mediáticas, intentan regular los mecanismos ideológicos. La corrupción les amenaza permanentemente y no pueden evitar el clientelismo. La “gente de a pie”, por su parte, representa a la masa de los electores, abrumados por las preocupaciones diarias y reducidos a la condición de ciudadanos “pasivos”, y de consumidores. Para definir los relaciones entre estas dos categorías, la imagen de la moda (P) parece adecuada. El público (S), invitado a un desfile y a elegir, no dispone de los medios para comprar un modelo exclusivo, y los diseñadores entonces le proponen el modelo en serie, considerado accesible a todos.

De hecho, esos dos mundos separados sólo se encuentran con motivo de las elecciones, en las que P tiene necesidad de S para sobrevivir. De ahí los esfuerzos en reducir las distancia entre P/S y “los ataques de la propaganda política”. Superado el obstáculo de la expresión de la “voluntad popular”, las viejas y tradicionales costumbres se recobran: “Es necesario que algo cambie para que todo quede como antes”. El precio a pagar por esta incompatibilidad son las transferencias de sustitución. Por parte de P, el servicio, duro o blando, a las clases dominantes y al capital; del lado de S, las frustraciones y los sueños de una alternativa, y, el vacío inherente al objeto, un abanico de compensaciones: la renuncia al ejercicio del primero de los derechos, es decir a la abstención; el comunitarismo en lugar de la ciudadanía arrebatada; los repliegues extremistas y el anarquismo; las revueltas, desde las manifestaciones a la insurrección, rápidamente anestesiadas por el poder. Algo todavía peor en el momento de las elecciones presidenciales, en las que el politólogo Rozès nos decía desenfadadamente que: “la cuestión social queda relativizada por el imaginario presidencial” (**Utopie critique**, 41. 7 de junio de 2007).

Nuestros 19 millones tienen que expresarse en un escenario semejante. Contrariamente a lo que pretenden los espíritus taciturnos y pudientes, no son el testimonio de un “deslizamiento hacia la derecha” de la sociedad francesa sino del sentimiento de impotencia que lleva a la

¹⁰ N.T. Apelativo de la derecha francesa para ridiculizar a Ségolène Royal por la muchas veces en que afirmó “Je veux” (Quiero) en su programa electoral.

claudicación. Las cifras no engañan: frente a los votos de Sarkozy, la suma de los votos de Royal, las abstenciones, los votos en blanco y los votos nulos, cuya mezcla tanto molesta al poder, ofrece un total de 25 millones y medio. Lo que no quiere decir que tengamos que vérnoslas con tres bloques homogéneos social e ideológicamente, tampoco se trata sólo de gentes insatisfechas y encolerizadas que sin duda, en opinión de todos los analistas, en su mayoría, pertenecen a la " esfera de influencia de la izquierda", según la expresión convencional. Cualesquiera que puedan ser los matices, la actitud de esta mayoría indica una forma de *servidumbre voluntaria*, y tal como afirman o consideran de manera caricaturesca, por ejemplo, la mayoría de los periodistas, la esclavitud produce el servilismo. Los individuos están sometidos a las influencias del medio en el que se encuentran inmersos. Puede ocurrir que sean el objeto, o más bien la víctima, de un auténtico formateado. No sería extraño que presos del aislamiento en el que se encuentran, de la auténtica falta de solidaridad, no sólo electoral sino también política y sindical (en la medida en que estas organizaciones han sido en gran parte laminadas y dependen de las instituciones), enfrentados a miedos indefinidos y a la necesidad de tener tranquilidad, sin desdeñar los efectos del estrés, cuyos orígenes son múltiples, y del hostigamiento moral que avanza en las actividades profesionales.

No hay formas de vida en común que no hayan sido agredidas y en ocasiones destruidas por la sociedad "pos-moderna". ¿Dónde ha ido a parar la convicción de que la acción política tenía el poder de intervenir favorablemente en la vida social y económica? J.-M. Domenech acaba de señalar que ya no es la época de la politización de masas de los años 70 y que los intelectuales de izquierda (su "silencio") han perdido la organizabilidad de la que podían enorgullecerse, en beneficio de los grupos de reflexión debidamente manipulados (**Sin Permiso**, julio de 2007). El poder político, como tal, independientemente de sus orientaciones, se ha visto obligado a ceder sus prerrogativas a las multinacionales, a los organismos internacionales y a las instancias supranacionales. El marco de la mundialización y de las políticas liberales ha sido aceptado y en gran medida interiorizado por todos, tanto elegidos como electores. La fatalidad se ha convertido en el *leitmotiv* de los partidarios del dejar hacer: "El Estado no lo puede todo". La propuesta no es sino un deseo sin formular siquiera como una exigencia.

No hay lugar para sorprenderse de que, en una coyuntura semejante, sólo se hayan presentado a los sufragios de los electores candidatos de derecha (Sarkozy, Le Pen, Bayrou, Royal). Las captaciones del actual Jefe de Estado entre la elite de los supuestos opositores reunidos bajo el eslogan de "Cualquiera menos Sarkozy", no son asimilables en manera alguna a una defección ni menos aún a una traición. Se trata simplemente de un movimiento en el tablero político que tiene el mérito de haber puesto al descubierto la naturaleza del Partido Socialista. Los llamamientos, entre la complacencia y el entusiasmo, a votar a Chirac en 2002, con la excusa de cortar el paso a la amenaza del Frente Nacional, fueron premonitorios. Hoy, al mismo tiempo que la dirección del PS condena a Jacques Lang, paga los derechos de aduana e incluso alaba a Strauss-Kahn para que sea elegido mayoritariamente por la Comunidad europea para la presidencia del FMI, sin cuestionarse la presencia de un "socialista" en un organismo encargado de entregar a los ricos la riqueza del mundo y de ampliar las desigualdades. Algo que era necesario demostrar.

A partir de ahora, todos se muestran convencidos de que el resultado más evidente de las elecciones hace indispensable remodelar el mapa de los partidos políticos. La derecha se ha desembarazado del *gaullismo* y de lo que subsistía de preocupación social y de voluntad de independencia, a fin de cerrar filas, aceptando una disciplina estricta. No faltan las especulaciones sobre la división del PS, desgarrado a un lado y a otro por los antiguos aliados de la síntesis unitaria, o sobre la suerte del Partido Comunista francés, del que se duda entre una muerte anunciada y una poco probable resurrección, e incluso sobre el porvenir del centro derecha o centro izquierda. No se trata nada menos que de que surjan los pastores que han de llevar a los desamparados y burlados rebaños de los 19 y 25 millones a las verdes praderas. Las intenciones son encomiables, en especial las de aquellos que intentan recuperar el abortado proyecto de los comités del No, o favorecer los reagrupamientos en torno a los polos más

radicales, la LCR, los supervivientes del PC y, por qué no, los no conversos al liberalismo del PS, si es que quedan. Las iniciativas, en las que se amalgaman perspectivas hasta hace poco todavía muy alejadas, se multiplican rápidamente. “Nouveau PS” (Emmanuelli/Filloche), [Nuevo PS], “Gran Parti de gauche” (Chevènement) [Gran partido de la izquierda], “Confédération d’Action communiste” (G. Hage/Gastaud) [Confederación de Acción comunista], “Maintenant à gauche” (Coquerel, Pocquet, Labroille) [¡Ahora a la izquierda!], “Gauche avenir” (Linneman/Wurtz) [La izquierda del futuro], “Gagner 2012” (Partidarios de [Fabius], [Vencer en 2012], “Les Progressistes (de E. Besson), “Mémoire des Luttes” (**Monde diplomatique/Utopie critique**), entre otros.

Se abusa de los prefijos con *re* como *refondation*, *reconstruction*, *renaissance*, *restructuration*, *renovation*, sin duda encargados de exocizar las *rechutes* (recaídas), *répétitions* o *régressions*. En los anuncios de congresos, se llega incluso a hablar de *balances*, que se intentan evitar. Se analizan las experiencias extranjeras, donde se sufren los mismos problemas: la italiana de la *Rifondazione comunista*, desgarrada por su alianza con el gobierno Prodi, la aparición de una nueva formación, el *Partito democrata*, y la voluntad de impulsar “un nuevo espacio político de izquierda” (**Essere comunista**, 1, junio de 2007); la alemana, con la creación de “Die Linke” (Lafontaine, Gysi), del que se espera mucho, a pesar de sus recientes alianzas con los socialdemócratas en algunos estados federales. Se constituyen grupos informales, se proyectan o han salido ya revistas y periódicos. Internet echa humo. Y se convoca a todas las izquierdas (de las que no se sabía fueran tan numerosas): *político*, *social*, *sindical*, *asociativa*, *cultural*, *intelectual*, etc. En el centro de las preocupaciones, el intercambio. Anne Borel, que analiza esta efervescencia, titula significativamente su artículo: “Assez d’action, place à la discussion!” [¡Demasiada acción, pongámonos a debatir!] (**Marianne**, 13 de julio). Una frase del manifiesto “La gauche en débat. Résister, Reconstruire”, es un buen ejemplo: “Fundemos por todas partes... espacios pluralistas de discusión, de reflexión y de iniciativas para promover el diálogo”. Todo el programa está ahí: pluralidad / debate. La misa se ha acabado..

Así que esa misa, lejos de inaugurar un Vaticano II de la política, sólo significa un regreso al latín desterrado desde los años 80. Dialogar, confrontar identidades, respetar las autonomías, está bien, pero con las dos condiciones que nos impone el problema de los 19 millones. La primera se refiere al lugar del ejercicio. Cuando las mismas manos detentan la totalidad de los poderes, ejecutivo, legislativo, mediático, financiero, económico, militar, policial, diplomático, sin olvidar su fuerza en las grandes instituciones, desde el Consejo constitucional al Consejo judicial, los pasillos, los anfiteatros y los seminarios no sirven para nada. Una vez que las urnas han sido devueltas a los almacenes municipales, la calle se impone como único espacio para la acción, lo que no significa ni soñar con las barricadas, ni con grandes manifestaciones (aunque..) sino la inclusión y la solidaridad activas en las luchas que no dejan y que no dejarán de provocar las medidas reaccionarias, los textos legales de las diferentes formas de represión. Los sindicatos, en gran parte estimulados por la contemporización, los compromisos y las vueltas atrás, son los primeros a dismantelar. Los partidos que se proclaman de izquierdas, siempre tentados a satisfacer a la galería con sus baladronadas en la Asamblea y en los debates en Comisiones, tienen que ser muy vigilados. La denuncia de las conductas de escaqueo de unos y otros, que hacen el juego a la MEDEF, [Patronal francesa] son más necesarias que nunca.

La segunda condición necesaria, que afecta al contenido, da sentido a esas actuaciones y se encuentra directamente en los últimos resultados electorales que no pueden entenderse sin calibrar la brecha creada y, se quiera o no, mantenido entre la coyuntura y las respuestas que exige. El reconocimiento de una absoluta inadecuación no explica sólo el proceso de falsas apariencias propagado por el fenómeno de la social democratización, sino que lleva al fin a que todos perciban la debilidad de las propuestas de reforma que no hacen sino confirmar el orden dominante y burlarse de la mayoría de la población. El nivel de mundialización al que se ha llegado en las relaciones capitalistas de producción; los daños y las infecciones que inculca a la sociedad, convierten en algo caduco los intentos de compromiso izquierda / derecha. Ha pasado el momento de las palabras, de los planes y de los programas cuidadosamente suavizados

destinados a los militantes, simpatizantes y demás “ciudadanos”, para dejar paso a la pedagogía inherente a las luchas de clase, ya que hay que aceptar el llamar a la realidad social por su nombre. Todo movimiento de protesta, de contestación o de rebelión, es una escuela que representa al mismo tiempo la toma de conciencia en el rechazo de las fatalidades, tanto las políticas como las económicas, y un entrenamiento para luchar contra los derrotismos y la impotencia. Por ello, no debería plantearse el realizar selección alguna entre estos movimientos ni jerarquizarlos. Y no es precisamente el esfuerzo teórico el que resulta invalidado sino la actitud del observador.

Como decía nuestro padre Hugo: “La realidad enseña sus cuernos por encima de la apariencia del ideal”. Los puntos ciegos de los discursos de campaña son los puntos más esclarecedores. Para centrarnos en lo esencial:

- La *mundialización* en sí misma, la crítica de su naturaleza, de sus estrategias y de sus consecuencias constituye la fase preliminar de cualquier crítica que tenga como objetivo cambiar las relaciones sociales actuales, bien se trate de analizarlas en el plano global como nueva forma de explotación o de evaluar a escala nacional sus efectos materiales e intelectuales. No es necesario esperar al informe encargado a Védrine¹¹ para saber a qué atenerse y considerar que es ilusorio creer en la posibilidad de adoptar medidas favorables a la gente. Unos simples y anecdóticos ejemplos sangrantes son suficientes para abrir los ojos más cerrados: comparar la congelación del salario mínimo con el 59% de aumento del “salario” en un año de lo grandes empresarios europeos; comparar los proyectos de recorte de las pensiones con la de Chirac de 30.000 euros mensuales.
- El *imperialismo*, considerado asimismo en sus dos caras: el internacional, que lleva a cabo agresiones armadas como eje de su política, y el nacional, en el que las fanfarronadas disimulan las sumisiones. ¿Quieren otro cuerno de la realidad? Sólo las dos guerras contra Afganistán e Iraq han costado 610.000 millones de dólares a EEUU.
- *Europa*, no sólo la que sigue recetándonos supositorios contra el dolor sino la de la OTAN y las bases estadounidenses, cuyo desmantelamiento jamás se exigirá.
- La *Internacional*, cuya ausencia se lamenta con lágrimas de cocodrilo. No la de las elucubraciones cosmo-políticas, ni la de los programas alter mundialistas, sino la específica, la de las luchas de clase a escala mundial, que vincula todas las manifestaciones contra el sistema, desde la huelga de los siderúrgicos en Corea a la resistencia iraquí, por solidaridades comunes que hay que reconocer como tales, en contra de los partidarios de que cada uno se ocupe de su casa, lo que prelude la derrota. El objetivo de estas actitudes coherentes obliga a una definición del nuevo internacionalismo que, sin romper con la de las organizaciones de partido tradicionales, las hará compatibles con las experiencias de todos los sometidos.
- La *lucha de clases*, que ha resistido a los entierros y a las denegaciones, es testigo hoy (otra lección electoral) de su incómoda presencia en cualquier asunto que se debate y cualquiera que sea su importancia, desde el código del trabajo, el estatuto de las universidades o las indemnizaciones doradas de los grandes empresarios; del mapa escolar a la apertura de los grandes almacenes el domingo. A diferencia de las desavenencias de la “izquierda”, el endurecimiento de la derecha no es un misterio. Es suficiente ver lo que la señora Lagarde¹² ha declarado que tiene intención de abolir (10.07) o el señor Imbert, quien desde **Point** arremete, seguramente para darse miedo, contra “los bastiones sindicales con fuerte implantación pública siempre hostiles a las

¹¹ N.T. Informe encargado por Sarkozy a Hubert Védrine, ex ministro de asuntos exteriores socialista. Sarkozy le envió el 4 de julio una carta con dos preguntas: ¿Debe reconsiderar Francia su postura ante un mundo globalizado? ¿Acaso no debería defender Francia sus intereses e ideas de otra manera?

¹² N.T.: Ministra de Economía

reformas” y contra “capas enteras de la sociedad todavía existentes entre nosotros impregnadas de la beatería socializante del siglo pasado” (13.07). ¿No sería oportuno, por parte de los decididamente *opuestos*, recuperar aquel viejo principio dinamizador del “odio de clases?” Todo ello sin olvidar que la mencionada lucha de clases sigue vigente: el poder para los trabajadores y el fin de las relaciones capitalistas, en los que la democracia, desembarazada de cualquier calificativo, fuera efectivamente la condición.

La política, decía el amigo Lenin, comienza donde hay millones de personas. Con nuestros 19 millones, y más aún con los afines, estamos metidos de lleno. Existe peligro, Sepamos qué hacer.

Artículo original: <http://labica.lahaine.org/articulo.php?p=47&more=1&c=1>